

mio! Eran tan penetrantes los lamentos del angustiado padre, que se hacian oír por toda la vecindad, y como llegase la noticia del desconsuelo del rey al ejército, no se determinó este á entrar aquel dia en la ciudad, para dar tiempo á los primeros desahogos de un padre el mas piadoso y religioso en la pérdida eterna de su hijo.

Atrevimiento de Joab.

Joab, que era el que la habia causado por una formal desobediencia al mandato del rey, luego que supo que el rey lloraba y se lamentaba, tuvo el atrevimiento de entrar en la habitacion del afligido padre, humeando aun en sus manos la sangre de su hijo, y decirle sin guardar ni decoro, ni consideracion, ni respeto á su real persona: Habeis avergonzado hoy los semblantes de todos vuestros fieles servidores que acaban de salvar vuestra vida, las de vuestros hijos y vuestras hijas, y las de vuestras mujeres. Amais á los que os aborrecen, y aborreceis á los que os aman, y habeis dado á entender hoy que no os curais ni de vuestros capitanes, ni de vuestros soldados, y he conocido bien que si viviera Absalon, aunque todos hubiéramos perecido, estariais contento. No se limitó Joab á este torrente de oprobios y de injurias que el rey oyó sin responderle; pasó mas adelante, y tomando para con su rey el tono de soberano, llegó hasta amenazarle. Ahora, pues, continuó, levantáos y salid fuera; y llamando, satisfaced á vuestros siervos (presentáos á vuestro ejército y manifestadle con palabras agradecidas que estais muy satisfecho de su valor y conducta): pues juro por el Señor, que si no saliéreis, ni uno solo quedará con vos esta noche; y esto será para vos peor que todos los males que han venido sobre vos desde vuestra juventud hasta el presente. La amenaza y el tono con que se hacia, er injurioso á la majestad en gran manera. Sin embargo el

consejo era bueno, pero se lo daba al rey el matador de su hijo; mas el prudente monarca supo distinguir entre la persona y el consejo, y le siguió. Se levantó del asiento de su dolor y su llanto y bajó á presentarse á la puerta de la ciudad. Luego supo todo el pueblo que el rey estaba sentado á la puerta de la ciudad para recibirle, y vinieron de tropel oficiales y soldados, todo su pueblo fiel, y todo su victorioso ejército. El afligido monarca, compuesto su semblante, recibió á todos con aquella amabilidad que le era natural y con aquella benignidad y ternura que formaban su carácter. Les manifestó un entrañable agradecimiento á su fidelidad y su valor, y les despidió llenos de satisfaccion y de alegría.

Despues de un paso tan satisfactorio para todos, no parecia que restaba al rey otro que presentarse en la capital de su reino y entrar victorioso en aquella Jerusalem de donde habia salido huyendo, y ocupar el trono de que habia sido arrojado. De los soldados de Absalon, unos habian perecido y otros habian huido; y los valientes que le habian vuelto la corona, se hallaban en el caso de dar la ley á Jerusalem, si ella no volvía por si misma á la obediencia; pero David, el mas moderado y valiente de los reyes, estaba poseido únicamente de pensamientos de paz, y de ningun modo queria subir al trono por gradas de sangre. Con este objeto se detuvo algun tiempo en Manain hasta preparar á todo Israel á un rendimiento pacífico. Desde esta ciudad hizo entender á las tribus que el Cielo habia vuelto por su causa, y que él no trataba de añadir castigos á los que habia hecho la Justicia divina, cuyos decretos adoraba; que olvidaba para siempre su infidelidad, y que esperaba de su sumision el consuelo de no verse precisado á verter sangre.

La declaracion del monarca hizo todo el efecto que él se proponia y esperaba. Todas las tribus de Israel se apresuraron á presentar al rey su sumision, y se disputaron la preferencia de volverle á su trono. Sin embargo la de Judá, que por ser la de David y la primera que le

habia proclamado rey en Hebron, debia ser tambien la primera en presentar su sumision, fué la última; ó bien porque se considerase mas culpable en haberle desamparado y seguido el partido de Absalon, ó bien porque quisiese ver antes la suerte que cabia á las demás tribus. Lo cierto es, que el rey sintió su falta, y envió á los sumos sacerdotes Sadoc y Abiatar para que dijese á los ancianos de esta tribu, ¿porqué sois los últimos que venís á hacer que vuelva el rey á su casa? Vosotros sois mis hermanos, mi hueso y mi carne (sois la tribu en que he nacido). ¿Porqué sois los últimos en volver á llevar al rey? Decid tambien á Amasa (hijo de mi hermana Abigail), ¿acaso no eres tú mi hueso y mi carne? Esto haga Dios conmigo y esto añada (juramento israelítico), si no fueres el general de mis tropas delante de mí en todo tiempo en lugar de Joab. Con esto inclinó David el corazon de todos los varones de Judá como si fuera el corazon de uno solo; y luego enviaron de los principales diciendo: Volved, señor, volved y todos vuestros siervos.

Preparadas así todas las tribus, salió el rey de Manain al frente de su ejército, seguido de su familia, y rodeado de las tribus de Ruben, Gad y la media de Manasés, que ocupaban el oriente del Jordán, adonde el rey se habia refugiado huyendo de Absalon. Manain estaba como unas veinte leguas del vado por donde se habia de pasar el Jordán, y al cabo de algunos dias llegaron á su margen oriental. Á este tiempo todo Judá y las tribus de Benjamin, Dan, Simeon y Efrain, que eran las mas cercanas al rio, llegaron á Gálgala que distaba dos leguas del dicho vado por la parte occidental del Jordán para pasarle, recibir al rey, repararle acompañándole, conducirlo con su familia y ejército á Jerusalem y colocarle en su trono. Con tan bello y numeroso acompañamiento pasó el rey el Jordán entre las aclamaciones de todos, y se hizo alto en aquellos hermosos campos, donde en tiempo de Josué habia reposado el arca del Señor en medio de Israel despues de haberle

pasado por camino en seco. Esta parada se hizo regularmente, ó para esperar que llegasen las tribus que no habian tenido bastante tiempo por su distancia, ó para preparar la entrada en Jerusalem, que debia ser magnífica, ó para ambas cosas, y aquí fué donde ocurrieron varios sucesos, en los que el rey, conservando su carácter de mansedumbre y dulzura, hizo ver á Israel que no habia merecido su desercion.

David perdona á Semei.

El primero que se presentó y experimentó su clemencia despues de haber probado su paciencia, fué el insolente Semei. Se postró á los piés del rey y le suplicó diciendo: Olvidáos, mi señor, de mi maldad, y no os acordeis de las injurias que os hizo vuestro siervo cuando el rey mi señor huyó de Jerusalem, ni las depositó el rey en su corazon. Reconozco mi pecado, y por eso he venido hoy el primero de toda la casa de José y bajado al encuentro de mi señor el rey. ¿Y qué? dijo aquí Abisai, hijo de Sarvia: ¿no morirá este Semei que maldijo al cristo del Señor, solo porque ha dicho estas palabras? ¿Qué tengo yo, dijo el rey, con vosotros hijos de Sarvia? Que fué decir: ¿Porqué he de hallar yo continuamente contradicciones en los hijos de mi hermana Sarvia? ¿Porqué se han de mezclar en negocios á que no los llamo? ¿Porqué se han de oponer á mi clemencia? ¿Porqué han de provocar á derramar mas sangre á quien siente tanto la que está ya derramada? No, no morirá hoy ni un solo hombre en Israel. ¿Ignoro yo por ventura que en este dia vuelvo á ser rey de Israel como en el primero en que fui ungido? Y dijo el rey á Semei: No morirás, y se lo juró.

Se presenta Mifiboset.

Tambien Mifiboset descendió al encuentro del rey sin haber lavado ni los piés, ni los vestidos, ni haber cortado la barba desde el día en que salió el rey; y le dijo el rey: Mifiboset, ¿porqué no viniste conmigo? Mi señor y mi rey, respondió Mifiboset, mi criado me despreció. Yo, vuestro siervo, le dije que me aparejara un asno para subir en él é irme con el rey, pues yo vuestro siervo soy cojo; pero él además de no hacer esto, me acusó delante de vos; mas vos, mi señor y mi rey, sois como un ángel del cielo. Haced lo que os agrade, porque la casa de mi padre no merecia sino la muerte, y vos, señor, en vez de esto me pusisteis entre los convidados á vuestra mesa. ¿De qué puedo yo quejarme? ¿Ó qué mas puedo pedir- os? Y el rey le respondió: Basta (estais justificado, pero no es ocasion de probar el delito de Siba, ni tam- poco de castigarle). Dividid las posesiones que le con- cedí. Y dijo Mifiboset al rey: Consérvelas todas Siba, á mí me basta que el rey mi señor haya vuelto en paz á su casa.

Se despide Bercelai.

Se presentó despues una ocasion de manifestar el rey su reconocimiento á un súbdito generoso, que le rehusó, con tanto mayor mérito, cuanto mejor le merecia. Era aquel Bercelai Galaadita, anciano de cerca de ochenta años, que llevó al rey provisiones abundantes cuando llegó á Manain. Este buen anciano vino acompañando al rey desde Manain y pasó el Jordán con él. Mas cuando fué á despedirse del rey para volverse á su ciudad de Rogelin, situada en el pais de Galaad y distante como unas cuatro leguas de Manain, le dijo el rey: Ven conmigo á Jerusalem, y allí acabarás en paz el resto de tus dias. Soy ya un octogenario, dijo Bercelai al rey, ¿acaso

está ya vivo mi apetito para distinguir entre lo amargo y lo dulce? ¿Ó pueden deleitar á vuestro siervo la comida y la bebida? ¿Ó escuchar con placer las voces de los cantores y cantoras? ¿Porqué, pues, ha de ir vuestro siervo á ser peso á mi señor el rey? ¿Y para qué esta mudanza? Con vuestra licencia se volverá vuestro siervo á morir en su ciudad, para ser enterrado al lado de su padre y de su madre. Tiene vuestro siervo un hijo llamado Camaan, ese irá con vos, mi señor y mi rey, y á él dispensaréis los favores que gustáreis. Venga conmigo Camaan, dijo el rey, y yo le haré cuantos favores qui- siéreis. Besó el rey á Bercelai, le dió su bendicion, y el venerable anciano se volvió á su tierra á juntar sus huesos con los huesos de sus padres.

Disputa de Israel y Judá.

Despues de estos tres sucesos notables, alzó el rey su campo y continuó su camino á Jerusalem, rodeado siem- pre de su familia, de sus valientes, de la tribu de Judá y de la mitad de las tribus de Israel. Al paso que se iba acercando á la corte, iban llegando las demás tribus te- janas, y el acompañamiento era inmenso; pero al tiempo que este crecia, se acercaba tambien una nueva rebelion, que pudo ser mas funesta al rey y al reino que la que acababa de concluirse. Cuando hubieron llegado las úl- timas tribus de Israel, se presentaron todas reunidas al rey y le dijeron: ¿Porqué se han adelantado nues- tros hermanos y han pasado el Jordán el rey y su familia (sin esperar que llegásemos todas)? Y sin dar tiempo á que contestase el rey, respondió la de Judá á las de Is- rael: Porque el rey es mas cercano de nosotros que de vosotros (porque es de nuestra tribu y fuimos los pri- meros que le elegimos por rey y le coronamos). ¿Por- qué, pues, os irritais sobre este hecho? ¿Acaso hemos comido algo del rey ó nos ha dado algunos dones? Esta

respuesta en lugar de aplacar á las tribus de Israel, las enojó mas, y dijeron á la de Judá: que el rey no pertenecía ni á tribu, ni á familia, sino al reino: que once tribus importan mas que una; y que el rey pertenecía á Israel diez veces mas que á Judá. ¿Porqué, pues, añadieron irritados, se nos ha hecho esta injuria? No sabemos lo que respondió á esto la tribu de Judá, porque el sagrado texto solo nos dice que respondió mas duramente; pero el deplorable suceso que tuvo su contestacion, da bien á conocer que fué muy provocativa.

Nueva rebelion.

Aconteció que se hallase entre los principales de Israel un tal Seba, hijo de Boeri, hombre poderoso de la tribu de Benjamin, y acaso de la casa de Saul; hombre arrebatado, revoltoso, é hijo de Belial, esto es, del diablo. Este levantó el estandarte de la rebelion, tocó una bocina de llamada, reunió todas las tribus de Israel, y dijo: Nosotros no tenemos parte en David, ni herencia en el hijo de Isai. Vuélvete á tus tabernáculos, Israel, y se separó todo Israel de David, y siguió á Seba. Mas la tribu de Judá siguió unida al rey y entró con él en Jerusalem.

Entrada del rey en su palacio.

Muy léjos estuvo de ser esta entrada del rey en su capital un triunfo, como pedía la victoria de todo el reino á ofrecerle su obediencia y sumision, y á colocarle en su trono. David, acostumbrado al sufrimiento en tantos años de pruebas, volvió á adorar los designios de Dios, que le hacia comprar á tan caro precio las dulzuras de la paz, y esperó el tiempo en que su bondad quisiese concedérsela. No tuvo aquí el paciente monarca este solo sentimiento; al entrar en su palacio, le salieron al

encuentro llorando las diez mujeres que habia dejado custodiándole cuando salió de Jerusalem, y que en su ausencia habia profanado públicamente su rebelde hijo. David no pudo sufrir á su vista objetos tan lastimosos, y mandó que se las pusiese en una habitacion de su palacio, que se las asistiese de la mesa del rey y se destinasen criados fieles que las cuidasen. El rey no volvió á vivir con ellas como marido, y ordenó que ellas viviesen como viudas el resto de su vida.

General Amasa.

Arreglado este triste negocio, no perdió momento el rey en procurar reunir el reino que una disputa de orgullo habia desunido. Para perseguir y derribar al sedicioso Seba, que se habia puesto á la cabeza del cisma, no habia en el reino un hombre mas á propósito que Joab. Militar activo, previsor, vigilante, intrépido, valiente, vigoroso en ejecutar, amado de los soldados, que le miraban como invencible, y afecto siempre á la casa real de su tío y rey, nadie pensaria que no fuese presto al frente de una empresa que pedía mucho valor y gran prudencia y destreza; mas no fué así. David estaba cansado y fatigado de sus altanerías, de sus desacatos, de su fiereza y de sus venganzas. Joab habia quitado la vida al general Abner traidoramente, y acababa de quitársela á Absalon contra el mandato expreso del rey su padre. Habia resuelto este castigarle, y principió por despojarle del mando de general, prometiendo este primer puesto á su primo Amasa, hijo de Abigail, no la esposa, sino la hermana del rey.

Amasa, general de Absalon, fué como tal el mayor rebelde despues de Absalon; mas luego que murió este hijo rebelde, no se portó como Abner, proclamando un nuevo rey, sino que trabajó eficazmente en volver á la obediencia de David las tropas de Israel, y cuando ahora

se rebeló Seba, como otro Absalon, él permaneció constante al lado del rey. Esta fidelidad de Amasa hizo que el rey principiase á cumplir desde luego la palabra que le habia dado. Convoaca, le dijo, todas las tropas de Judá para el tercer dia, y ventú al frente. Salió, pues, Amasa á reunir las tropas de Judá, pero no pudo volver el dia señalado, y temiendo el rey gran peligro en la tardanza, dijo á Abisai, hermano de Joab : En mayor afiecion nos ha de poner ahora Seba (si se le da tiempo) que nos puso antes Absalon. Toma, pues, las tropas de tu señor y persíguele, no sea que llegue á ciudades muradas y se nos huya. Sin perder tiempo salió Abisai de Jerusalem y con él la division que mandaba Joab, la célebre guardia de los Cereti y Feleti, y todos los robustos á perseguir á Seba. Se caminó con mucha diligencia y habiendo venido á la roca de Gabaon, llegó Amasa con un gran refuerzo, que incorporó con el ejército para mandarlo como general en jefe.

Su muerte.

Joab habia puesto sobre su ropa una túnica ajustada de modo que para nada le estorbaba, y ceñido sobre ella su espada, pendiente hasta el principio del muslo y metida en una vaina tan ancha que al mas leve movimiento podia sacarla y herir. Habiéndose presentado Amasa á saludar á sus primos Joab y Abisai; Dios te guarde, hermano mio, dijo Joab á Amasa, y le cogió de la barba con la mano derecha como para besarle. Amasa no habia visto la espada que llevaba Joab, acaso por la anchura y forma de la vaina, y Joab la sacó prontamente y sin ser advertido, y la entró con tanta fuerza por el costado de Amasa que al primer golpe cayeron por el suelo sus entrañas y murió sin necesidad de segundo golpe.

El monarca habia perdonado á Amasa sinceramente

su rebelion, le habia prometido el mando de general y se le habia entregado; pero el Señor tenia levantado el brazo de su justicia sobre Amasa, y si no murió al lado de Absalon, acaso fué porque no halló en él la obstinacion que en este, y esperó á que volviese sobre sí y reparase su crimen. ¡Feliz él, si consiguió morir en su divina gracia!

Joab se habia ensayado en el arte de asesinar cuando quitó la vida á Abner en circunstancias muy semejantes, y no erró el golpe, ni se turbó despues de haberle dado. A la vista de una muerte tan alevosa, y de una traicion tan atroz, quedó tan fresco y tranquilo como si nada hubiera hecho. Se apoderó del mando del ejército, alegando que solo se habia concedido á su hermano, mientras que llegaba Amasa, y que habiendo muerto este, recaia en él, como jefe mas inmediato al general. Puso luego en movimiento el ejército y marchó, acompañado de su hermano, en persecucion de Seba, contando con su exterminio y con el premio del rey, que á lo menos seria el olvido del homicidio de Amasa y la conservacion del mando de general en jefe.

Al pasar las tropas junto al cadáver de Amasa, que habia quedado tendido en el camino real y nadando en su sangre, los amigos de Joab se decian unos á otros, ved ahí el hombre que queria ser el general de David en reemplazo de Joab : y el resto del ejército se paraba á contemplar tan lastimoso espectáculo. Viendo uno que las tropas se paraban y amontonaban en rededor del cadáver, le tomó del camino, le echó en el campo inmediato, y le cubrió con una manta para que no se detuviesen las tropas á mirarle. No sabemos si cupo el honor de la sepultura al general de Absalon; si fué arrojado en alguna hoyo y cargado de piedras como él; ó si, tendido en el campo, sirvió de pasto á los perros y las aves; porque nada nos dice el historiador sagrado.

Suceso notable de Abela.

Mientras que el cadáver de Amasa quedaba tendido en el campo, Joab y su hermano marchaban con todo el ejército en seguimiento de Seba, que habia pasado por todas las tribus de Israel de esta parte del Jordán, reunido todos los varones escogidos, y entrado en Abela y Bemaca, ciudades fuertes de la tribu de Neptalí, que estaba situada al norte del reino. Apenas Joab supo que los rebeldes habian entrado en estas dos ciudades, dividió su ejército; y entregando una parte á su hermano para que sitiase á Bemaca, él se dirigió con la otra á combatir á Abela, donde se encontraba Seba. Formó el sitio, levantó trincheras y adelantó los trabajos hasta llegar al pié del muro; principió á minarle, y cuando se disponia para derribarle y dar el asalto, una mujer muy entendida de la ciudad se presentó sobre el muro, y exclamó: Escuchadme, soldados, escuchadme: decid á Joab que se acerque aquí, que quiero hablarle; y habiéndose acercado Joab, le dijo: ¿Eres tú Joab? Sí, respondió el general. Pues oye las palabras de tu sierva. Se ha dicho hace mucho tiempo: Quien tenga que consultar, consulte á Abela, y así se ha hecho. ¿Por ventura no es Abela quien responde la verdad en Israel? ¿Y quieres tú socavarla y derribar á la madre (del saber) en Israel? ¿Porqué destruyes la herencia del Señor? Léjos eso de mí, respondió Joab. Yo no demuelo ni destruyo. No es esto lo que yo intento; pero se ha entrado en la ciudad un hombre del monte de Efrain, hijo de Boeri, llamado Seba, que ha levantado su mano contra el rey David; entrégamele y al momento nos retiraremos. Bien, dijo la mujer á Joab. Su cabeza te será echada por el muro. Volvió la Abelita á la junta del pueblo, por la cual habia sido enviada, y habló con tanta elocuencia sobre la necesidad de entregar al sitiador la cabeza de Seba, que luego se la cortaron y arrojaron á Joab desde

lo alto del muro. Al momento mandó Joab el toque de retirada, y las tropas que habia llevado consigo se volvieron á sus casas. Dió aviso á su hermano Abisai, y despidió tambien las suyas.

Conclusion de la rebelion, y con ella de las guerras interiores.

Con la cabeza de Seba cayó tambien la rebelion, y todo Israel volvió á unirse con Judá bajo el gobierno de su amable monarca. Joab, acompañado de su hermano Abisai, volvió á Jerusalem á dar cuenta al rey de una guerra que habia emprendido sin su órden, y que habia manchado con el asesinato de un primo suyo y sobrino del rey; pero el buen éxito le habia confirmado tanto en el amor de la tribu de Judá y de todos los fieles Israelitas, que se habria arriesgado mucho el rey si hubiera querido castigarle ó separarle del mando, y el buen David se vió precisado á confirmarle en el empleo de general, con el que, en realidad, cumplia admirablemente, y del que era el mas digno por su acierto y su valor, si sus delitos no le hicieran indigno.

Esta fué la última vez que pareció temblar la corona en la cabeza del monarca por la rebeldía de sus súbditos, y si en el espacio de mas de doce años que reinó aun sobre todo Israel, experimentó algunas tempestades, no fueron ya de aquellas que conmueven los Estados y hacen vacilar los tronos. Querido de Dios, David, y amado de sus pueblos, aprovechó la paz que le concedia el Cielo en arreglar los negocios que habia desconcertado la rebelion, en trabajar porque se administrase justicia, en hacer que floreciese la religion, y en reunir riquezas para la construccion del templo del Señor, que habia de edificar el jovencito Salomon que crecia á su lado.

Hambre en Israel.

Dos años pasó David en tan dulces ocupaciones, y por su parte no veía motivo para temer que no continuase este dichoso estado; pero Israel era deudor á la divina Justicia de una maldad pública, y este fué el tiempo destinado en sus adorables decretos para castigarla. Una hambre de tres años afligió á todo Israel, y el rey al ver su duracion, consultó al Señor, y el Señor le respondió: Por causa de Saul y de su casa de sangres (sucede esto): porque mató á los Gabaonitas. El caso era antiguo en su origen, pero no en su ejecucion. Los Gabaonitas habían conseguido, aunque por una sorpresa, que Josué y los príncipes de Israel les conservasen la vida y se la asegurasen con juramento, bajo condiciones que ellos seguian cumpliendo fielmente. Abrazaron la religion del Señor y vivian como buenos prosélitos ó convertidos en medio de su pueblo; pero Saul, que había desobedecido á Dios, perdonando la vida á Amalec, quitó la vida á los Gabaonitas so pretexto de agradecerle.

Se hace justicia á los Gabaonitas y cesa el hambre.

En vista de la respuesta del Señor, David llamó á los Gabaonitas que escaparon de la matanza de Saul y les dijo: ¿Qué haré yo á vuestro favor? ¿y qué satisfaccion os daré para que bendigais á la heredad del Señor? Nuestra demanda, dijeron los Gabaonitas, no es sobre plata ni sobre oro, sino contra Saul y contra su casa. Nosotros no queremos que muera ni un solo hombre de Israel. ¿Pues qué quereis? les volvió á decir el rey: ¿qué quereis que haga yo á vuestro favor? Nosotros, respondieron, de tal manera debemos acabar con aquel hombre que nos estrepeó, que ni uno siquiera quede de

su linaje en toda la tierra de Israel. La peticion fué absoluta, general, llena de enojo; mas despues la moderaron y dijeron: Dénsenos siete varones de su familia para sacrificarlos al Señor en Gabaa de Saul; y dijo David: Yo os los daré.

Los Gabaonitas habían pedido primeramente que fuese exterminada toda la descendencia de Saul sin que quedase ni uno en Israel, y despues pidieron solo siete. Eran nueve los descendientes de este desdichado rey, y se cree que David intercedió con los Gabaonitas para que se limitasen á siete y pudiese librar la descendencia de su amigo Jonatás, que estaba reducida á su hijo Mifiboset, y su nieto Micas. Tambien pidieron que fuesen sacrificados en Gabaa, que era la patria de Saul, y había sido su corte, para que la ciudad misma que había sido el trono de sus glorias, fuese el teatro de sus ignominias. Perdonó el rey á Mifiboset, hijo de Jonatás, y á Micas, su nieto por la amistad y el juramento que había mediado entre David y Jonatás, y mandó entregar á los Gabaonitas los dos hijos de Resfa, mujer de segundo orden de Saul, y los cinco hijos de Merob, su hija mayor. Estos dos hijos y cinco nietos de Saul fueron entregados á los Gabaonitas, que los crucificaron sobre la altura de la ciudad de Gabaa delante del Señor, como víctimas de expiacion, y murieron estos siete príncipes todos juntos en uno de los primeros dias de la siega de la cebada, quedando colgados de las cruces hasta que se aplacase la ira del Señor.

Esta sangrienta y lastimosa ejecucion dió motivo á un hecho heróico de la ternura maternal. Resfa, madre de los dos hijos de Saul sacrificados con sus cinco nietos, tomó un cilicio (paño tejido de pelos de cabra), le tendió bajo de sí sobre una piedra al lado de las cruces, y permaneció allí desde el principio de la siega, espantando las aves por el dia, y las fieras por la noche para que no les despedazasen, hasta que cayó sobre ellos agua del cielo; esto es, hasta que el Señor se aplacó, volvió á

enviar las lluvias y cesó la sequedad que causaba el hambre en Israel. Se ignora cuánto fué este tiempo.

Informado David de la constancia de Resfa, tomó una resolución digna de su piadoso corazón. Se encaminó con el correspondiente acompañamiento á Jabes de Galaad, hizo desenterrar los huesos de Saul y de Jonatás y los trajo á Gabaa. Mandó quitar de las cruces los cuerpos de los hijos y nietos de Saul, y padres, hijos y nietos, todos fueron enterrados en el sepulcro de Cis, padre de Saul, con aprobacion y contento de toda la nacion.

Cuatro batallas con los Filisteos.

Este tiempo de reconciliacion del Señor con su pueblo no era el mas á propósito para que se le declarase la guerra; sin embargo este fué precisamente el que escogieron los Filisteos, ó porque se hallaban ya repuestos de sus últimas derrotas y preparados para emprenderla, ó porque creyeron que, debilitado Israel con tres años de hambre, no podria presentar en campaña mas que soldados lánguidos y sin fuerzas; pero se engañaron mucho, y en cuatro batallas campales que se dieron en esta guerra, siempre fueron vencidos, y al fin obligados á pedir la paz. David, aunque tenia ya sesenta y tres años, peleaba en la primera de estas cuatro batallas al frente del ejército con el valor acostumbrado, hasta que, como anciano, llegaron á faltarle las fuerzas, y en esta ocasion tan peligrosa un gigante del linaje de Arafa llamado Jesbibenob, que llevaba una lanza cuyo hierro pesaba trescientas onzas, intentó herir á David; pero acudió su sobrino Abisai y derribó y mató al gigante á los piés del rey. Á la muerte de Jesbibenob siguió luego la victoria de esta primera batalla, mas todo el ejército conoció que la habia comprado muy cara por el gran peligro en que se habia hallado su monarca, y con respeto y firmeza le juró diciendo: Ya no saldéis mas

con nosotros á la guerra, porque no se apague la lámpara de Israel (con vuestra muerte), y David no se resistió á una determinacion tan justa y que manifestaba el mucho amor que le profesaban y el alto aprecio en que le tenian.

Se dió una segunda batalla en los campos de Gob, y aqui ya no se halló David sino Joab mandando el ejército. Regularmente llevaban los Filisteos algun gigante consigo para aterrar con su vista al ejército de Israel, como habia sucedido con Goliat en tiempo de Saul; pero los soldados de David no se asustaban con la presencia de gigantes. El que presentaron esta vez se llamaba Saf, y era como Jesbibenob del linaje de Arafa. En el calor del combate fué acometido este gigante por Sobocai, uno de los valientes de David, derribado y muerto como lo habia sido Jesbibenob por Abisai, y á su muerte sucedió tambien la victoria.

Volvieron los Filisteos á presentar tercera batalla en el mismo campo de Gob, y traian en esta ocasion de gigante un hermano del famoso Goliat, que mató David con la piedra de su honda, siendo aun pastoreillo. Se llamaba tambien Goliat, y el asta de su lanza era del mismo grueso que la de su hermano, como un enjulo de tejedor. Á este mató Adeodato, que era del número de los treinta valientes, y los Filisteos al ver muerto su gigante abandonaran el campo.

Mas no perdieron el ánimo por esta tercera desgracia, y presentaron cuarta batalla. David les habia tomado á Get, capital de una satrapía, y quisieron recobrarla. Trajeron un gigante del mismo linaje de Arafa que tenia de singular seis dedos en cada pié y cada mano, y segun se vió, era tambien singularmente insolente. Se puso á blasfemar, insultar y desafiar á todos los valientes de Israel, lo que no habian hecho los otros gigantes; pero Jonatán, hijo de Samaa hermano de David, salió á este combate singular, derribó al gigante, le quitó la vida y se sucedió á su muerte la victoria. Al ver

los Filisteos que habian perdido seguidamente cuatro batallas, y en ellas cuatro gigantes, que ellos juzgaban invencibles, dejaron las armas, y recibieron la paz con las condiciones que quisieron imponerles sus vencedores.

Conclusion de las guerras exteriores.

David habia concluido con la muerte del rebelde Seba las guerras interiores del reino, y ahora con estas cuatro campañas, coronadas de cuatro victorias, concluyó las exteriores. Con tan gran motivo trató de tributar al Señor una solemne accion de gracias por los continuos beneficios que desde sus primeros años habia recibido de su bondad y misericordia. Sacado del polvo para ser elevado al trono; libre de las persecuciones de Saul, y de las guerras de su hijo Isboset; desechas las rebeliones de Absalon y Seba; vencedor de los Amalecitas y Syros, de los Amonitas y Moabitas, de los Idumeos y Filisteos, y de todos los enemigos de Israel; soberano de toda la tierra desde el Egipto hasta el Eufrates, cuyos habitantes veía ya rindiendo homenaje á su corona, y obediencia á su cetro... en situacion tan feliz, bendijo de mil maneras al Señor, y para hacer público su agradecimiento, quiso que, junto su pueblo en presencia del arca santa, cantase con él, al son de multitud de instrumentos, un cántico de alabanza y accion de gracias que él mismo habia compuesto y principia con estas palabras: *Señor, mi apoyo, mi fortaleza, y mi Salvador...* Cántico lleno de grandeza y majestad, de vivos y tiernos afectos de amor de Dios, de agradecimiento á sus beneficios, y de confianza en sus bondades. David veía ya en el Señor un padre reconciliado; en su familia unos hijos obedientes; en su reino unos vasallos pacíficos; y en sus vecinos reyes, ó amigos ó intimidados.

Valientes de David.

En este tiempo es cuando nos habla el libro de los Reyes de los valientes de David como para aumentar la pintura del brillante estado en que se hallaba este dichoso monarca. Antes de reinar David sobre todo Israel y aun sobre Judá tenia en su rededor una tropa de oficiales muy valientes, que no componiéndose al principio de mas número que treinta, se llamaron los treinta fuertes de David, aunque los Libros santos llegan á contar hasta cincuenta y uno de esta clase. Habia entre estos valientes seis que sobresalian á los demás por acciones asombrosas, y se dividian en dos ternas; y aunque la segunda era singularmente valiente, la excedía la primera. *Jesbaan* era en esta el primer valiente. Mató en un combate trescientos hombres, y en otro hasta ochocientos, de modo que en solo dos combates, de los muchos en que se halló, mató mil y cien hombres. Despues de *Jesbaan* era *Eleazar*, primo hermano de David. Habiendo huido Israel en un encuentro con los Filisteos, este valiente los resistió y mató hasta que se cansó su mano y quedó yerta con la espada empuñada. El Señor hizo gran salud en aquel dia en Israel, y el pueblo que habia huido, volvió para tomar los despojos de los muertos. Seguía *Semaa*, hijo de Agé, y era el tercero de la primera terna. Este tambien resistió á los Filisteos cuando todo el pueblo huía y los derrotó, y el Señor hizo tambien gran salud en Israel.

Estos tres valientes fueron los que en la víspera de la batalla de Rafain acometieron una accion que á cualquiera que no fuese tan valiente como ellos, parecería temeraria. Estaban los Filisteos en el campo de Rafain ordenando sus escuadrones para la batalla, y David ordenaba tambien los suyos, corriendo y cruzando las cercanías de la cueva de Odollan, donde habia de darse. Fatigado y cubierto de sudor en el afan de ordenar los